

libros



Lord Berners pintando en 1938 un retrato de Penelope Betjeman y su caballo, al que invitó a tomar el té junto con su propietaria

MEMORIAS

La infancia del “último excéntrico”

Lord Berners rompió todos los moldes de su aristocrático origen; en estas páginas sensibles y deliciosas narra sus primeros años con su familia y en el internado

ISABEL GÓMEZ MELENCHÓN

Gerald Hugh Tyrwhitt-Wilson se dio cuenta por primera vez de que era un ser humano consciente a la edad de tres años y medio. Se recordó de pie, junto a una mesa cubierta con un mantel, un álbum de fotos, un cuenco con rosas y varios familiares. Una escena nada especial, con la salvedad de la temprana edad del protagonista. Entonces, la narración continúa en una dirección muy diferente a la vida de la mayoría: “y en la puerta, mi niñera esperando para llevarme a dar un paseo”. El que se convertiría en decimocuarto barón de Berners tras el *conveniente*, por utilizar el lenguaje de la época, fallecimiento de un pariente lejano, creció entre los algodones de neogóticas casas de campo inglesas y a su debido momento fue enviado a un internado para niños de su misma clase social. Los recuerdos de aquellos años se recogen en sus memorias, que *Periférica* ha comenzado a publicar con este *Primera infancia*, al que seguirán dos volúmenes más, ya de su periodo adulto.

Unas memorias encantadoras que satisfarán el apetito nunca saciado por las andanzas de la aristocracia británica, véase *Downton Abbey*, pero que también serán muy apreciadas por los lectores más sensibles, porque Tyrwhitt-Wilson desafió las convenciones entre las que nació y la misma precocidad de sus primeros recuerdos se reprodujo en los hallazgos de su infancia y sus incipientes inclinaciones, que no eran cazar zorros a caballo.

Lord Berners (1883-1950) ha sido calificado como “el último excéntrico”, y de alguna forma lo fue. Tras el paso obligado por Eton, se convirtió en compositor, escritor y pintor y vivió su homosexualidad con varios amantes, entre ellos Robert Heber-Percy, veintiocho años menor, con quien formó una particular familia cuan-

do este, contra todo pronóstico, contrajo matrimonio y tuvo una hija; el entendimiento duró poco. Ante todo, fue un artista, que invitaba a tomar el té a Moti, el caballo de una de sus amigas, pintó de rosa y turquesa a sus palomas, tuvo una jirafa como mascota, se ponía una careta de cerdo para asustar a sus vecinos y guardó un clavicordio en el Rolls-Royce. Culto, ingenioso, sofisticado, se relacionó con gentes como la escritora Nancy Mitford, quien se basó en él para crear el personaje de Lord Merlin en su novela *A la caza del amor*, o el escritor Evelyn Waugh, quien, cuando Berners tuvo una exposición de sus cuadros en 1931, escribió que “los vendió todo el primer día, lo que demuestra lo bueno que es ser barón”.

El empuje del hombre en quien se convertiría aparecía en estas páginas, en las que se pregunta de forma elegante cómo se había producido alguien con su carácter entre una genealogía de hacendados rurales y hombres de negocios “con pasatiempos exclusivamente deportivos”, para los que Lord Berners no estaba dotado, para desesperación de su madre y la suya propia, cuando se vio aislado del resto de niños en el internado por esta divergencia de intereses. A él llegaron a decirle que tenía “un exceso de imaginación”. Como si fuera una tara. En la familia, cuenta Berners, había entrado “algo de

/ Criado en una mansión neogótica, odiaba los deportes y la caza del zorro y se enamoró de un compañero mayor que él

sangre gitana”, convenientemente encubierta, que iba “saliendo de vez en cuando a la superficie con resultados desconcertantes”. Tal vez él fue uno de ellos.

“Mi padre era mundano, cínico, retrógrado, flemático y no toleraba ninguna clase de inferioridad. Mi madre era sensible, ingenua, impulsiva e indecisa”. El niño Berners, hijo único, creció rodeado de una abuela amable y otra rigidamente religiosa, una ama de llaves cómplice de sus travesuras, una pariente pobre y manipu-

ladora y varias tías, obligadas a responder las incesantes preguntas de un niño eminentemente curioso que pronto desarrolló un interés desmedido por la biblioteca de la casa y, para escándalo de su madre, también por las muñecas, y descubrió la belleza a través de su afición a los pájaros y la música de Chopin.

Otra consciencia asomó en el internado, regido por un director sádico en la *mejor tradición* de estos establecimientos; rodeado de una disciplina carcelaria y por la “odiosa masculinidad” que desprendía la predominancia de las competiciones, en las que era tan malo “en el fútbol como en el críquet”, la estancia del futuro Lord Berners se vio iluminada por la amistad con un compañero mayor que él, Longworth. Demasiado joven para interpretar sus sentimientos, el adulto Berners escribe que estos tenían un “carácter sexual” del que no era consciente en aquel momento, pese a que la ruptura de la amistad causó un profundo dolor al niño. Acababa de entrar en otro periodo de su vida. /

Lord Berners

Primera

infancia

Trad. Ángeles

de los Santos

Periférica

200 páginas

17,57 euros

En junio de 1927 con dos de los integrantes de los Ballets Rusos que interpretaron ‘El triunfo de Neptuno’, para el que el aristócrata había compuesto la música



POESÍA

Blai Bonet: pasión desmedida

Reunidos dos poemarios ‘perdidos’ que el autor de Santanyí dispersó en otros libros posteriores

JORDI LLAVINA

Es harto conocida la poesía *Josep Carner*, de Gabriel Ferrater, que opone “las palabras que permanecen” del gran lírico barcelonés a la variedad de los días y la mutabilidad de los sentidos. Termina con este hemistiquio: “Como una patria”. Pues bien, siempre he tenido la sensación de que la obra de Blai Bonet (1926-1997) constituye, también, una patria. Una patria no descubierta en su totalidad, puesto que aún aparecen materiales que amplían su territorio. Como los que presento hoy.

El sintagma “els llibres perduts” no es obra del autor de Santanyí, sino un título facticio que reúne dos poemarios que hasta hace poco no podían ser sino muy parcialmente conocidos. Por un lado, *Oh Calvary*, *Calvary*, premio Carles Riba 1962, que no se publicó a causa de la censura. Contenia quince poemas, que el autor distribuyó en libros posteriores, salvo cuatro que no aprovechó. Por el otro, *El Jove*, *Poema d’informació*, que no vio la luz por un desdichado cúmulo de despropósitos. El poeta también dispersó sus materiales en libros sucesivos. Ahora dichos libros *perduts* pueden leerse de cabo a rabo, y el lector apreciará la comunidad de tono entre los dos.

En su recomendable prólogo, la poeta Margalida Pons Jaume aísla muy bien los dos grandes temas: “*Oh Calvary*, *Calvary* es un conjunto organizado sobre la idea cívica, religiosa y cultural de comunidad, y *El Jove*, *Poema d’informació* es, predominantemente, un poemario sobre el deseo”. Los dos asuntos fundamentan y sustentan buena parte de la obra lírica de este genio de las letras catalanas, creador algo ensimismado, que en ciertos aspectos nos trae el recuerdo del ejemplo apasionado de Pasolini. “Jueu és un dolor amb tota la cara”, escribe en el poema *Moody Dick*, y el hecho es que comparar el pueblo judío y el catalán no pasó inadvertido al censor de turno, que condenó la obra.

Los dos libros *perduts* nos muestran la manera lírica de Blai Bonet, libérrima tanto en lo concerniente a la forma como al despliegue de su contenido. El poeta recurre a materiales diversos que introduce sagazmente en sus versos: “I puix parla jiddisch, Déu l’í’n do Auschwitz”. Halla en la oralidad materia de recreación poética: la *llesca* (rebanada) del pie de un muchacho se asocia a la de pan. O junta dos conceptos que jamás hubiéramos creído susceptibles de ir de la mano: y así en un verso da cuenta de un chico que “encara no ha jurat bandera ni boca a una nena” (¿el simil del beso es formidable?). Uno va leyendo a Bonet y, aun perdiéndose a menudo en sus numerosos excursos, se siente arrastrado por su música particular.

Lúcido cual puñetazo dialéctico: “Et dono coses meves i sé que no és amor, / és veure únicament que penses ‘em té afecte’”, Blai Bonet, de quien este 2026 celebramos el centenario del nacimiento, representa la pasión desmedida, el incurable espíritu joven: “El cos ja d’home sempre és un adolescent, / que està a l’aguait i ensuma / la vida tendrella”. /

Blai Bonet Els llibres perduts Edición crítica de Nicolau Dolz y Gabriel de la S. T. Sampol. Edicions de 1984, 304 páginas, 19 euros